

Adio ene hilazkizoro*

RAMON SAIZARBITORIA

Escritor

Patri Urkizu, Sarasua, Maritxalar, Leunda, Mitxelena, Odriozola, Etxeberria, Salsamendi. Ese es el nombre del hombre al que homenajeamos en esta publicación, un hombre al que inequívocamente cabe calificar como *euskaldun jatorra*, en la noble acepción que un día tuvo la palabra *jatorra*. En un país de pocos consensos hay varios en torno a Patri. El primero, que se trataba de una buena persona. Es un consenso que, sinceramente, me da un poco de rabia debido a que me hace sentir como cuando era niño y me decían que qué bueno y aplicado era el del segundo, y también porque ir por la calle con él podía resultar pesado y humillante dada la cantidad de gente que se paraba a saludarlo, porque a él se le paraban, quiero decir que incluso gente que nos conocía a los dos y que cuando iba solo se limitaba a decirme un adiós huidizo, se detenían a saludarlo —las mujeres sobre todo debo decir, con una sonrisa de Duchenne, esa que implica a los músculos orbitales y que no es de pura cortesía.

Era un hombre bueno, amable y cariñoso, sumamente educado, un gentleman —*jatorra* también quería decir gentleman en un tiempo— y en honor a la verdad debo decir que también me sacaba un poco de quicio su extremada, diría que exagerada cortesía que le impulsaba a ir ofreciendo la mano a todo el mundo y besando a casi todas las mujeres —a mí también me besó una vez, pero a petición propia y antes de la pandemia—, haciendo caso omiso a mi más que razonable recomendación de que dejara de hacerlo para preservar su salud. También era tozudo.

Fue en gran medida por su tozudez que logró producir una obra inmensa en campos muy diversos, además de por su enorme curiosidad y capacidad de trabajo, aunque lo de la diversificación del esfuerzo, difícil de entender seguramente en esta era de la superespecialización, pudo deberse, también, a la necesidad de cubrir huecos existentes en el paupérrimo terreno cultural en el que nos tocó crecer.

No voy a hablar de esa obra inmensa, porque está ahí al alcance de todos, en gran parte gracias a su voluntad, porque él mismo se ha encargado de preser-

* Una primera versión de este escrito se leyó en el acto de homenaje a Patri Urkizu realizado en el teatro Victoria Eugenia de San Sebastián el 23 de noviembre de 2023.

varla para uso de otras generaciones. Lo ha hecho también por el respeto que le merece su propia obra, porque Patri valoraba su aportación a la cultura sin falsa modestia; y es eso, quizá, el respeto que se tenía a sí mismo, lo que le permitió respetar a los demás a nada que se lo merecieran un poco.

Fue un hombre positivo, comfortable diría, por eso se le tiene afecto también, porque dio muestras de amar la vida, de empeñarse en vivir bien, porque siempre encontró algo bueno en ella y también en nosotros, por tanto.

Verdaderamente, da la impresión de que le fue bien en la vida; de hecho, le ha ido bien, pero no porque los hados se lo hayan puesto mejor que a otros más dados a la queja. Nada de eso, hay hechos en su biografía, en su infancia concretamente, que es donde más duele, que a otros les hubiera amargado la vida y que a él le sirvieron para forjar su carácter estoico. Las penurias del niño que se levanta de la cama de madrugada para vender pescado, que juega al fútbol calzando abarcas, que pasa las navidades internado en un páramo, que ha soportado la peste de un hábito carmelita, el roce de la áspera barba de un carmelita, que es expulsado del convento y todavía hoy se pregunta por qué, que ha vivido la muerte de su querido, admirado y audaz hermano en la mar; de todo pudo salir indemne gracias a su fortaleza, a su entereza psíquica forjada en el seno de una familia que supo transmitirle afecto, seguridad y, mucho más que eso, a través de un padre artista e ilustrado que explica en gran medida las inquietudes intelectuales de Patri.

Vivimos en un tiempo en el que junto a las víctimas que, con toda razón, reivindican su derecho a hacerse oír, suena el lloriqueo de los quejicas que no piden la vez para hablar de lo suyo. No nos da vergüenza quejarnos, dolernos, amargarnos y amargar con nuestros pequeños problemas, por muy nuestros que sean. No fue el caso de Patri, por eso ha sido fácil estar con él, por eso se le ha querido en gran medida porque, incluso al final de su vida, en un trance sin duda duro, al que hizo frente con una fortaleza, una entereza, un ánimo ejemplares, no se entregó ni un segundo a la queja y escuchó amable las cuitas de los demás. Él es el mejor ejemplo de que, al margen de la ciencia, la lucha contra la enfermedad depende de la entereza psíquica.

Resultaba prácticamente imposible enfadarse con Urkizu, por su bonhomía y porque, siendo de Lezo, estaba dotado de un especial rasgo de carácter. Él mismo lo solía explicar por medio de una anécdota. Al parecer, hay bueyes que están entrenados para tirar hacia la derecha y otros hacia la izquierda para que el vector resultante sea recto, hacia adelante. Son cosas que él sabía. Pues contaba que alguien fue a comprarle un buey de arrastre a un tratante de Lezo y cuando le preguntó que a qué lado tiraba el animal, le respondió que a los dos. Urkizu tiraba a los dos lados cuando el tema no era importante porque no le compensaba correr el riesgo de incomodar a nadie por una fruslería y tiraba comprensivamente hacia donde hiciera falta. Por eso se llevaba bien casi con todo el mundo, incluso conmigo, aunque yo sea de embestir ciegamente al trapo. También es verdad que podía incluso temblarle la barbilla de indignación ante cosas que a mí me importan poco e incluso nada, como una falta de sintaxis, un latinajo en un discurso, una aseveración equivocada sobre la vida de Chaho...

Me he referido a su estoicismo pero como el buey de Lezo y como Montaigne —con quien tenía en común algo más que haber sido alcalde— también tiraba hacia Epicuro. No mucho antes de morir editó un libro, una autobiografía que podría haber titulado «confieso que he vivido» —un título que siempre me ha dado envidia— porque destilaba vida, buena vida. A pesar de los momentos duros, que los tuvo, cómo no los iba a tener siendo alcalde en aquellos tiempos convulsos en los que incluso fue amenazado de muerte, la balanza se inclinó de manera absoluta hacia el lado del buen vivir y de la alegría. Habrá pocas biografías en las que haya tantas referencias amables y cariñosas a familiares, amigos y conocidos, condiscípulos, colegas y compañeros de trabajo, tanta mención a comidas y cenas entrañables, divertidas, una nómina tan extensa de bares y restaurantes.

Es evidente que ha sabido tirar a los dos lados, al lado de la cultura, como es sabido y al del deporte, lo que seguramente es menos conocido: practicó distintas disciplinas, pero su pasión la constituía la pelota, juego en el que, en la modalidad de pala, llegó a ser campeón del mundo. Acabó yendo por letras, pero igualmente pudo haber destacado en ciencias porque dotes tenía: poseía un extraordinario cerebro matemático y bien que nos venía para calcular lo que tocaba cuando había que pagar a escote. Y hablando de pagar, Patri era una de las personas más generosas que conozco; una de las pocas que se alegraba cuando se le pedía un libro prestado, que le gustaba regalar e invitar, rápido como nadie a la hora de sacar la cartera en la barra.

Supo tirar hacia el lado de la lengua y hacia el de la literatura con reconocido éxito. Tocó todos los palos de la filología, ejerció de historiador, de lexicógrafo, de biógrafo, de crítico y publicó mucho. También cultivó la literatura en todos sus géneros y se hizo merecedor a más premios que apellidos recuerdo, pero me da pena que ese vicio suyo de revolver papeles viejos le distrajera más de lo debido de lo que mejor sabía hacer. Hace más de medio siglo que le puso el punto final a la que es para mí su mejor obra y una de las más interesantes de la literatura en euskara; me refiero a *Sekulorun sekulotan*. Un libro descarado, divertido, tierno, muy descarado, de esos que cuando estoy desanimado leo un par de páginas y le encuentro sentido a lo que hicimos y a continuar intentándolo.

Termina así: «adio ene hilazkizoro dei nazak betiko leku berean edo hobe esatera gogorrigo eta pittin bat aitzinago aurkituren nauk eta entzun pozoin gaiztoetatik eta intsektoen saretarik urrun adi borrokak espero dik» («adiós mi lunático llámame al mismo lugar de siempre o mejor dicho me encontrarás con más fuerza y un poco más adelante y escucha aléjate de los venenos malignos y de las redes de insectos la batalla te espera...»).